

Un llamado a ser diligentes en la santidad

Hebreos 12:14

Introducción:

El decaimiento espiritual que se deriva de las aflicciones y adversidades que debemos afrontar en este peregrinaje hacia la Santa Sión, debe ser combatido con total diligencia, pues, si persistimos en una actitud fría hacia las cosas espirituales, y nos dejamos hundir en la depresión, entonces, muy probablemente, nos adentraremos en los lúgubres senderos que conducen a la apostasía, es decir, iniciaremos el camino del abandono paulatino de la preciosa fe cristiana.

El autor de la carta a los Hebreos no desea este horrendo final para sus lectores, sino que, por el contrario, les exhorta a levantar las manos caídas y las rodillas paralizadas. Que prosigamos nuestro peregrinaje espiritual con valor en medio de cualquier aflicción o decaimiento.

Por lo tanto, él da a sus lectores instrucciones prácticas de cómo levantar las manos caídas y las rodillas paralizadas. Dos acciones constantes nos mantendrán activos en nuestro peregrinar: buscar con diligencia la paz y la santidad. Es decir, la clave para no dejarnos vencer por la depresión espiritual que producen las aflicciones de esta vida, es mantenernos ocupados en dos cosas fundamentales en la vida cristiana: las buenas relaciones horizontales, con mis hermanos y el prójimo en general, y las buenas relaciones verticales, es decir, la comunión con Dios.

Ya hemos visto que no se trata sólo de mantenernos pasivamente en paz con las personas, sino de trabajar arduamente para estar en paz con todos; no ser gestores de odio o rencillas, pues, el verdadero hijo de Dios se caracteriza por ser un portador de paz, un mensajero de paz y un hijo de paz.

En nuestro presente estudio analizaremos la segunda parte del versículo 14: *Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.*

Podemos decir de la santidad lo mismo que dijimos de la paz: el autor nos está mandado a perseguirla, a buscarla con la misma diligencia de aquel que persigue a una presa con el fin de cazarla. La santidad no es algo sencillo de tener, por lo tanto, requiere que estemos

ocupados todo el tiempo en conseguirla, y cuando la hemos alcanzado, entonces la vamos a seguir, hasta el fin de nuestros días.

Hoy aprenderemos que la santidad real es la única forma de felicidad. Todos los hombres deben ser santos en la tierra o nunca tendrán la visión beatífica, es decir, sin santidad en la tierra nunca llegaremos a ver la gloria de Dios en el cielo.¹

Nuestro texto tiene dos partes fundamentales: primero, el mandato de seguir la santidad y, segundo, un argumento para cumplir con nuestro deber.

1. El mandato de seguir la santidad. “*Seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor*”.

Vamos a iniciar definiendo qué es la santidad. En las Sagradas Escrituras se nos habla de la santidad desde distintos aspectos y es necesario conocerlos, pero, toda vez que los dones de Dios son imitados y falsificados, entonces nos será necesario mirar algunas formas de santidad que son meras imitaciones, para luego enfocarnos en la verdadera santidad, la cual es necesaria para poder tener la dicha bienaventurada de ver a Dios.

En primer lugar, definiendo lo que es la santidad, con el fin de determinar a cuál santidad se refiere nuestro autor es necesaria para poder ver a Dios, la Biblia nos habla de una **santidad imaginaria**, producto de nuestras vanas imaginaciones y de meras opiniones de hombres: “*Hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se ha limpiado de su propia inmundicia*” (Prov. 30:12).

Estas personas eran muy malas, pero tenían una gran opinión de su falsa bondad. Eran muy sucios, y se miraban como si tuvieran una gran pureza. Sus manos eran asquerosas, sus corazones estaban invadidos de horrorosas tinieblas, y todo en ellos no era más que maldad y vileza, pero ellos eran puros ante sus propios ojos. Ellos estaban sucios por dentro y por fuera, sucios en el cuerpo y asquerosos en su alma. La inmundicia se había extendido sobre ellos, y sin embargo, trataron de cubrir su inmundicia con una santidad de mera opinión. Los peores hombres presumen santidad y honorabilidad de sí mismos.

¹ En este estudio seguiré con bastante fidelidad al puritano Thomas Brooks en su escrito: the Crown and glory of Christianity, or, Holiness, the only way to happiness. Recuperado de http://www.gracegems.org/Brooks/crown_and_glory_of_christianity2.htm Ago-23-12

Nunca ha habido una generación de hombres que se revolcaran en el más putrefacto lodo del pecado, y que a la misma vez haya mantenido una elevada opinión de su propia moralidad, bondad y santidad. Esta generación no tiene su alma y conciencia lavada por la sangre de Cristo, ni han sido santificados por el Espíritu Santo y sin embargo se vanagloriaban de su pureza y santidad, como si hubieran sido purificados por Cristo.

Hay muchos que se creen lo mejor de lo mejor en el cristianismo, que son como oro puro ante sus propios ojos, pero no son más que vil escoria. Ellos se creen más santos que los demás, pero no son más que humo lacrimógeno delante de los ojos de Dios: *“Extendí mis manos todo el día hacia un pueblo rebelde, que anda por el camino que no es bueno, en pos de sus pensamientos; un pueblo que de continuo me provoca en mi propio rostro, sacrificando en huertos y quemando incienso sobre ladrillos; que se sientan entre sepulcros y pasan la noche en lugares secretos;... que dicen: quédate donde estás, no te acerques a mí, porque yo soy más santo que tú.”* Estos son humo en mi nariz, fuego que arde todo el día” (Is. 65:2-5). Ellos eran muy licenciosos, muy ingratos, muy rebeldes, muy supersticiosos, muy idólatras, más sin embargo, se contaban entre los piadosos. Eran peores que otros y sin embargo se creían mejores que los demás. Ellos estaban muy mal, pero se consideraban muy buenos. Eran más impuros, más profanos y más contaminados que otros, y sin embargo, se consideraban más puros y más santos que los demás.

La generación de los “puros ante sus ojos” ha existido desde hace mucho tiempo y seguirá existiendo hasta el fin de la era presente. Ellos se visten de una santidad imaginaria, pero no es más que una santidad fraudulenta, pues, practican la peor iniquidad.

Esta raza de “santos en su imaginación” hoy día persiste dentro del pueblo que se llama cristiano, pero no es algo nuevo, dentro del antiguo pueblo del Señor también se encontró esta clase de santidad basada en las opiniones humanas: *“Efraín dijo: Ciertamente he enriquecido, he hallado riquezas para mí; nadie hallará iniquidad en mí, ni pecado en todos mis trabajos”* (Os. 12:8). Israel había acumulado iniquidad tras iniquidad sobre su cabeza, sin embargo, no podía soportar el ser acusado de maldad. A pesar de que era notoriamente culpable de los más altos crímenes, sin embargo, pensaba que estaba libre de

pecado y limpio de todo mal. Ellos pretendían ser inocentes cuando en realidad eran culpables de gran maldad.

Esta clase de falsa santidad lleva a sus practicantes a pensar vanamente que el putrefacto lodo que los cubre es como un dulce y refrescante unguento, que los pútridos y hediondos bichos que tienen pegados a su piel en realidad son piedras preciosas. A ellos les pasa lo mismo que a la iglesia de Laodicea: *“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”* (Ap. 3:17). Ellos pensaban que no tenían necesidad de nada más, cuando en realidad no tenían nada de cristiano en ellos.

Es el pecado del hombre lo que le lleva a pensar que él es lo que no es, se esfuerza por parecer ante el resto lo que en realidad no es. Usted dice que está lleno de bienes y no necesita nada, pero no, esos no son más que vanos e ilusorios sueños, pues, usted es un ignorante de su propio estado de miseria. Usted dice que es rico pero Dios sabe que eres pobre y miserable. Usted dice que ve, pero es ciego, está desprovisto de vida espiritual: no puedes ver tus propias necesidades, ni cómo Cristo las puede satisfacer; no puedes ver tu propio vacío, ni cómo la plenitud de Cristo la puede llenar; no puedes ver tu propia maldad, ni la santidad de Cristo; no puedes ver tu propia pobreza, ni las riquezas de Cristo; no puedes ver tu propia insuficiencia, y mucho menos la toda-suficiencia de Cristo; no puedes ver tu propia vanidad, ni la gloria de Cristo. Muchas personas tienen mucho conocimiento de muchas cosas, pero pocos se conocen a sí mismos, pocos conocen el peligro en que están, su infelicidad o su miseria.

Según lo que hemos visto, hay una santidad imaginaria, que no es verdadera santidad. Una santidad imaginaria sólo traerá al hombre felicidad imaginaria. Lastimosamente muchas personas, que se hacen llamar cristianas, viven en este ilusorio sueño, pero esta clase de santidad no es de la que habla nuestro autor sagrado, pues, a través de estas ilusiones no podremos ver a Dios. Los cristianos que son bastardos y no hijos, meros creyentes profesantes, “santos bastardos”, nunca heredarán con los herederos de la gloria, sino que serán expulsados de la presencia del Señor, de la gloria de su poder, hacia la más miserable

oscuridad porque se sintieron satisfechos y complacidos en sus espíritus con una santidad bastarda, engreída y falsa.

En segundo lugar, existe una santidad que es externa o visible ante los demás. Los vicios escandalosos son dejados a un lado y se cumplen con los deberes religiosos o cristianos: asistir a los cultos, tener el devocional familiar, ofrendar económicamente, evangelizar, entre otros. Son personas con una conducta prácticamente irreprochable: no se ofenden con nadie, son buscadores de la paz, no mienten, no roban, son justos en sus negocios, prácticamente no hay tacha o falta alguna en ellos. Casi pudiera comparárseles con algunos personajes bíblicos, los cuales tuvieron un testimonio impecable ante la iglesia, la sociedad y sus propias familias. Por ejemplo, Zacarías y Elizabeth, los cuales *“eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor”* (Lc. 1:6); o se les puede comparar con los apóstoles, los cuales podían decir: *“Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprochablemente nos comportamos con vosotros los creyentes”* (1 Tes. 2:10).

Los verdaderos creyentes, los que han sido justificados por Dios y tienen la esperanza bienaventurada de poder verlo, evidencian la santidad interna hacia el mundo exterior, pues, Pablo dice: *“Para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo”* (Fil. 2:15). Sin esta santidad visible y externa no hay verdadera felicidad, no hay esperanza de la dicha bienaventurada de poder ver a Dios. Los que afirman tener un corazón regenerado y santificado, mientras en lo externo son peores que el diablo, se engañan a sí mismos, y para ellos no es la felicidad prometida de poder ver a Dios. La condición de regeneración y santificación interna, indefectiblemente se hará notoria a través de una vida de santidad y pureza, para con Dios y los hombres.

Más sin embargo, no toda muestra externa de santidad realmente es fruto de un corazón regenerado, pues, Pablo afirma: *“Y también el que lucha como atleta, no es coronado sino lucha legítimamente”* (2 Tim. 2:5). Algunos parecen estar en la lucha y tienen todas las evidencias externas de vida cristiana, pero realmente no lo son en su interior, no son legítimamente creyentes.

Un hombre puede ser visiblemente santo a los demás, pero realmente no ser santo. Un hombre puede tener un vestido exterior de santidad, más ella está ausente de su espíritu y su ser interior. Hay muchos que hacen un espectáculo glorioso de santidad delante de los hombres, más sin embargo son abominables ante los ojos de Dios. Algunos son como el preciado oro ante los ojos de los hombres, pero ante Dios no son más que insignificante y despreciable polvo: *“Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; más Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.”* (Luc. 16:15).

Judas, Simón el mago, Demas, los escribas y los fariseos, todos ellos manifestaban una santidad externa que causaba gran admiración ante los hombres y la iglesia, pero en sus corazones no había regeneración: *“¡Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.”* (Mt. 23:25, 27, 28).

En lo exterior eran religiosos, pero interiormente eran malos; tenían apariencia de santidad, pero por dentro estaban llenos de impurezas; eran justos en lo externo, pero inmundos e impíos por dentro. Esta clase de pecadores puede ser clasificada como una de las peores que existen, pues, tratan de cubrir sus vicios e inmundicias interiores con disfraces de santidad exterior. Estos se envuelven con el manto de la santidad, pero no aman la santidad. Recordemos esta gran verdad: aunque sin santidad visible nadie verá al Señor, no obstante, algunas personas tienen una santidad visible, más nunca lo verán. La santidad visible que verá al Señor es aquella que procede de una santidad interna y de corazón. La santidad visible, sin regeneración en el corazón, sólo conducirá al infierno.

Ahora, no nos confundamos en este tema llegando a conclusiones falaces, pues, las dos cosas son necesarias: una santidad interna que produce frutos de justicia visibles a los demás (santidad externa). No pensemos de la misma manera como algunos impíos que se

hacen llamar cristianos hacen, los cuales, con el fin de justificar su mal hablar, su vestir vulgar y sus acciones impías, usan para su propia perdición las palabras de la Escritura: “*Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón*” (1 Sam. 16:7), y en aras de no ser un fariseo, entonces vamos a descuidar nuestra santidad externa; pues, si nuestra santidad interna y externa no es mayor que la de los fariseos y escribas, tampoco veremos a Dios: “*Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*” (Mt. 5:20).

En tercer lugar, existe algo que podríamos llamar la **Santidad legal**. Esta consiste en una conformidad exacta, perfecta y completa, en el corazón y la vida, a toda la voluntad revelada de Dios. Esta fue la santidad que tuvo Adán en su estado de inocencia, él era perfecto, porque ella se derivaba directamente de Dios. Adán conocía perfectamente la voluntad de Dios, y en él obró un principio divino que lo llevó a conformarse a ella.

La santidad era algo natural para Adán, así como para nosotros lo es el pecado. Y si él se hubiese mantenido firme en esa gloriosa condición de perfección, entonces nosotros hubiésemos sido naturalmente santos desde el vientre de nuestra madre, así como ahora somos naturalmente pecadores y rebeldes.

La santidad en Adán fue tan natural y tan agradable, así como el pecado es tan natural y agradable a nosotros en nuestra condición caída. Pero esta santidad se perdió desde el día en el cual Adán, por insinuación de Satanás, cedió a la tentación. Desde ese momento todos nacemos sin santidad, como dice el salmista: “*He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre*” (Sal. 51:5).

Ahora, si el autor de hebreos estuviera hablando de esta clase de santidad, entonces no habría ninguna esperanza para nosotros de tener la inconmensurable dicha de poder ver a Dios, pues, caímos de ese estado de gloria y felicidad, de justicia y santidad. Dejamos nuestro lugar de dicha perfecta para convertirnos en miserable polvo, en una ráfaga de viento que pronto se va, en un sueño pasajero, una sombra, una nube de humo, un despreciable gusano, un alma envilecida.

Cuando el hombre pecó, se convirtió en completa vanidad: *“En verdad, cada hombre en su mejor estado es completa vanidad”* (Sal. 39:5). El ser humano, luego de la caída, llegó a envilecerse de tal manera que, cuando él ha alcanzado las alturas morales, y logra tener todas aquellas cosas que se consideran vitales para la felicidad: buen estatus económico y social, una linda familia, hermosos y obedientes hijos, comodidades, buena salud, entre otros; cuando el hombre llega a esta posición elevada de tranquilidad, él no es más que vanidad, sólo vanidad, totalmente vanidad.

El hombre, antes de su caída, estaba revestido de honor y era la mejor de las criaturas, pero luego de caer en el pecado se convirtió en la peor de las criaturas. El pecado lo puso por debajo de las bestias que perecen: *“El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al santo de Israel, se volvieron atrás”* (Is. 1:3); *“Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio”* (Prov. 6:6). Es terriblemente humillante para el humanismo contemporáneo que una hormiga pueda ser nuestra maestra en el cumplimiento del deber ante Dios, mientras nosotros no somos más que viles criaturas, inteligentes para el mal pero depravadas y corrompidas de mente y corazón para cumplir con nuestro deber. *“Aún la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová ¿Cómo decís: Nosotros somos sabios...?”* (Jer. 8:7), ¡Qué vergonzoso para nuestros ilustres moralistas! La cigüeña y la grulla son más sabias que nosotros.

El que una vez fue la imagen de Dios, la gloria del paraíso, el gobernante del mundo, ahora se ha convertido en una carga para el cielo, en una carga para sí mismo y en un esclavo de los demás.

Todo esto nos muestra que nosotros estamos por fuera de esa santidad legal. De manera que si el autor hablara de esta clase de santidad, entonces ningún hijo de Adán tendría esperanza de ver a Dios.

En cuarto lugar, hay una santidad IMPUTADA. Es decir, la santidad de Cristo es impartida, atribuida y otorgada al creyente, por la mera gracia de Dios, a través de la fe, sin necesidad de obra alguna.

Ahora la santidad de Cristo que es imputada al creyente no es su santidad esencial, como Dios, pues, ésa sólo le pertenece a él y no puede ser compartida con la criatura.

La santidad de Cristo que es impartida al creyente es su santidad mediadora, es decir, lo que él hizo para nosotros como mediador. Su santidad mediadora es su pureza personal diaria con la cual vivió en este mundo bajo el gobierno de la Santa Ley del Señor, su perfección de vida. Esta santidad incluye su obediencia activa a la Voluntad del Padre, su sometimiento de corazón a los preceptos divinos, y el perfecto cumplimiento de los mandamientos de la Ley. Su santidad mediadora también incluye su obediencia pasiva, es decir, sus sufrimientos a través de los cuales soportó y cumplió con el castigo y las maldiciones que la Ley del Señor demandaba sobre el pecado.

Esta santidad mediadora, de obediencia activa a los mandatos de la Ley del Señor y sometimiento voluntario a los castigos por el pecado, es imputada al creyente, y en virtud de esta imputación ahora somos totalmente justos y perfectos ante los santos ojos del Señor: *“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”* (1 Cor. 1:30). A través de esta santidad mediadora que nos es imputada es que somos *“sin mancha ni arruga”* (Ef. 5:25-27), *“completos en él”* (Col. 2:10), *“sin mancha delante del trono de Dios”* (Ap. 14:5). Sin esta santidad mediadora nunca podríamos tener la felicidad de ver a Dios. Dios es un Dios de tal pureza y santidad infinitas, que ninguna santidad que esté por debajo de aquella que nos es imputada por Cristo, nos permitirá estar de pie delante de su Trono (Hab. 1:13).

Nunca podremos reclamar el cielo por nuestra santidad inherente, pues ella es imperfecta. Pero si podremos reclamar el cielo por la santidad que nos ha sido imputada a través de la santidad mediadora de Cristo. Esta santidad de Cristo, que nos es imputada mediante la fe, nos da el derecho a heredar la felicidad eterna de poder ver a Dios. ¿Has creído en Cristo de corazón? ¿Ya no confías en tu propia santidad imaginaria o externa? Entonces ahora tienes

Buscad la santidad..., sin la cual nadie verá al Señor. | 2012

la santidad de Cristo y para ti es la promesa de la esperanza beatífica, un día tu corazón será perfeccionado en felicidad porque podrás ver a Dios.